

LA VENUS, HERIDA

La Venus del Espejo, una de las obras emblemáticas de Velázquez, no sólo ha cambiado varias veces de manos sino que, en 1914, fue acuchillada por una sufragista

PEDRO NAVASCUÉS PALACIO

Catedrático de Historia del Arte
Escuela de Arquitectura, Madrid

Al contemplar la serena belleza de las pinturas colgadas en la tranquila sala de un museo, se olvida que ocultan complicadas historias que derivan, no tanto de su correcta interpretación o de las circunstancias que rodearon el encargo, sino de su mera existencia entre nosotros. Es decir, desde el momento en que el lienzo nace a la vida a través de la pintura y, como dice Alberti, "Ya no eres lino, plano humilde, tela./ Ya eres barco celeste, brisa, vela", la obra artística se encadena a la contingencia humana, más allá de su dimensión estética. Esta pertenencia al mundo real hizo que el cuadro de *La Venus del espejo*, pintado por Velázquez, no sólo conociera diferentes dueños, como sucede a tantas obras repartidas por el mundo, sino que fuera objeto de un atentado sufragista, en 1914, de cuya desdichada acción salió malparada la obra.

Sabemos que la célebre pintura figuraba en 1651 en un inventario de don Gaspar Méndez de Haro, marqués del Carpio y de Heliche, muy probablemente su primer dueño, pasando luego a su hija, Catalina Méndez de Haro y Guzmán. Esta casó con el décimo duque de Alba, en 1688, quedando la pintura en el palacio madrileño de los Alba hasta que, en 1802, muerta la duquesa Cayetana, sus herederos vendieron el cuadro a Godoy. En esta importante colección del Príncipe de la Paz *La Venus del espejo* se encontró con la *Maja desnuda* de Goya, si bien duraría poco esta compañía, pues coincidiendo con los avatares de la Guerra de Independencia, la obra fue vendida, entre 1808 y 1813.

En esta ocasión el comprador de la pintura velazqueña fue G. A. Wallis, quien la adquirió para W. Buchanan, de modo que *La Venus del espejo* se despertó en Inglaterra, en septiembre de 1813. Aquí fue de mano en mano y subiendo de precio, de tal modo que en enero de 1814 ya pertenecía a George Yates y, poco después, por consejo de sir Thomas Lawrence y según nos cuenta Justi, la adquiría J. B. S. Morritt por 500 libras, enriqueciendo su colección de Rokeby Hall (Yorkshire), por lo que también se conoció la obra como *The Rokeby Venus*. La pintura volvió a cambiar de dueño al comenzar el siglo XX, pues H. E. Morritt vendió la Venus por 30.500 libras a la casa Thos, Agnew and Son, de Londres, y ésta, a su vez, la puso en venta en 1905, ofreciéndosela por 45.000 libras a la National Gallery. Una suscripción popular abierta por la National Art-Collections Fund, cubrió rápidamente esta cantidad, adquiriéndola en 1906 para la pinacoteca londinense.

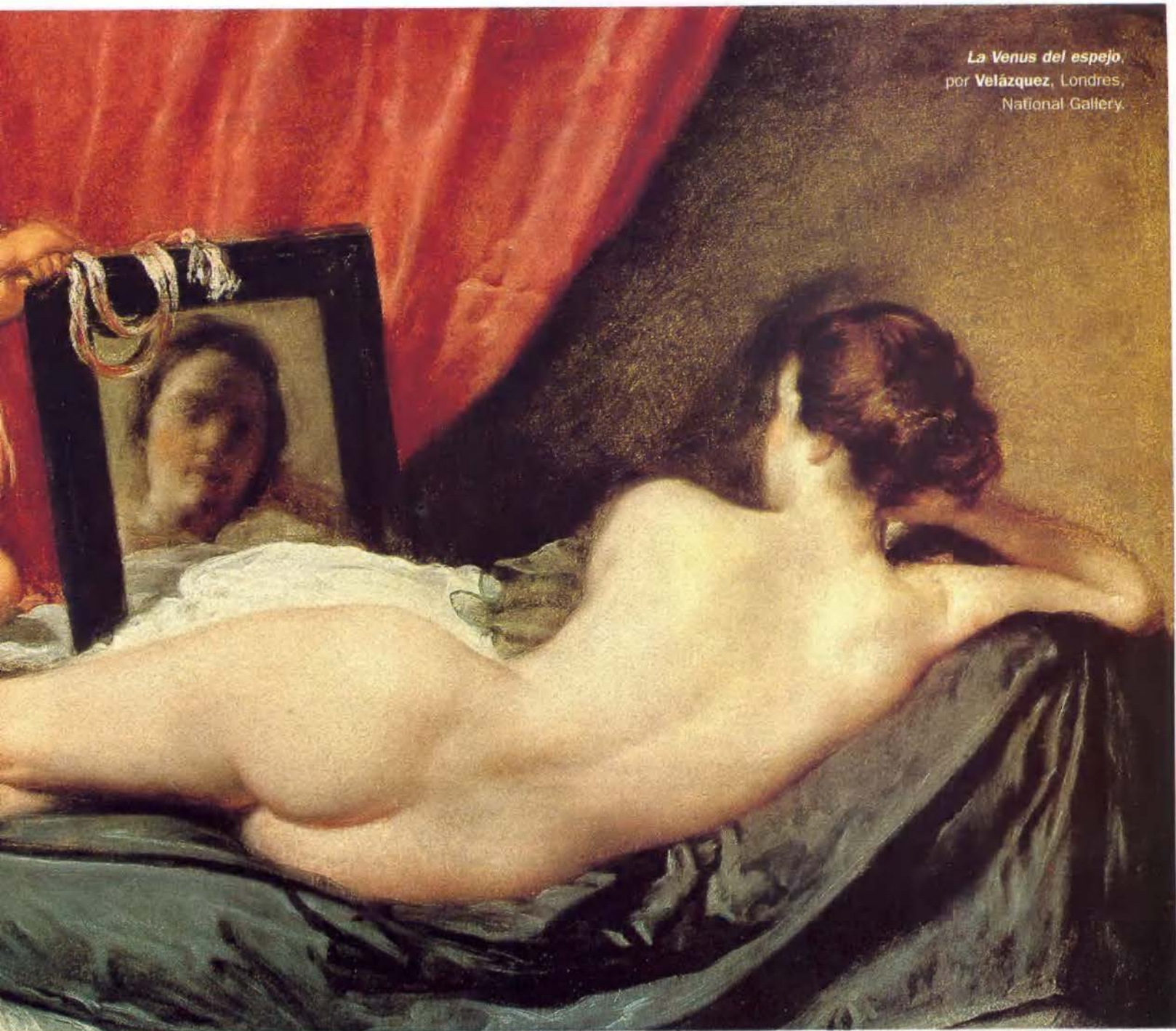
Sin embargo, aún le esperaban nuevas peripecias a *La Venus del espejo*, pues en 1910 se puso en cuestión la paternidad de la obra en beneficio de Mazo. Historiadores, críticos y pintores como James Greig, William Richmond, Alma Tadema y Ernest Waterlow, negaban la mano de Velázquez, mientras que otros como Walter Armstrong, Leonce Benedite y León Bonnat, según nos recuerda Gaya Nuño, defendieron lo que ya nadie duda acerca de la indiscutible autoría de Velázquez.

Pero tampoco cesaron aquí los problemas y cuando la pintura estaba instalada confortablemente en la que sería su definitiva y más segura morada, en la mañana del 10 de abril de 1914, una mujer entró decidida en la



National Gallery y, con un cuchillo, le asestó varios cortes a *La Venus del espejo*. Este es un hecho conocido que reflejan cuantos han escrito sobre la pintura, añadiendo que se trataba de una sufragista, en la que algunos incluso han querido ver –equivocadamente– un acto de pudorosa censura ante el bellísimo desnudo velazqueño. Sin embargo, cotejando las noticias de prensa de aquellos días, llegamos a conocer más detalles que explican lo que no fue un acto aislado, ni de enajenación mental, ni movido por un afán de notoriedad, y menos una movida acción de protesta frente al sensual desnudo de la Venus. Basta con preguntarse por el nombre de aquella mujer que hizo saltar en pedazos el cristal que protegía la pintura y darle siete cuchilladas, para entender lo su-

La Venus del espejo
por Velázquez, Londres,
National Gallery.



cedido en su contexto real. Esta mujer se llamaba Mary Richardson y no era una sufragista cualquiera, sino una combativa militante, compañera de cárcel y de huelga de hambre, en varias ocasiones, de Emmeline Pankhurst, la fundadora de la Unión Femenina Social y Política (1903).

Las manifestaciones y atentados provocados por las sufragistas, desde la bomba puesta en el domicilio de Lloyd George hasta la dinamita que estalló en la iglesia de San Juan Evangelista en Londres, crearon un clima de crispación que se desbordó por la nueva detención de Pankhurst durante un mitin en Glasgow. Esto ocurría el 9 de abril y, al día siguiente, a las diez de la mañana, Mary Richardson, una mujer menuda

pero resuelta, atentaba contra la pintura de Velázquez. Una vez detenida, confesó en el Tribunal de Bow Street que lo había hecho para vengar a Pankhurst y "puesto que se atenta contra la vida de las mujeres, es de rigor proceder a la destrucción de las obras que las representan", añadiendo que así como se trataba de "acabar con uno de los más bellos caracteres de mujer conocidos [Pankhurst], ella quería acabar también con una de las obras que más admiración despiertan en el mundo, y que así seguirían haciendo ella y sus compañeras hasta que las mujeres obtengan el derecho al voto".

El asunto suscitó una interpelación al Gobierno en la Cámara de los Comunes, desechándose entonces la idea de tomar medidas especiales de protec-

ción. Sin embargo, la National Gallery y el British Museum, que ya habían cerrado algún tiempo por anteriores atentados sufragistas, volvieron a cerrar sus salas, como lo hizo en parte el Palacio de Windsor.

Las heridas de *La Venus del espejo* habían sido limpias, afortunadamente, por lo que cicatrizaron bien en manos de sus restauradores, aunque se reconoció que faltaba "un pedazo del tamaño de una moneda de cinco chelines". Los daños quedaron subsanados y ya casi nadie recuerda lo sucedido, por lo que terminaremos con otro verso de Alberti, dedicado *Al desnudo*, que parece pensado para la ocasión:

"La gloria del pincel es modelarte,
vestirte, y al vestirte desnudarte.
A ti, Venus en flor de la Pintura".